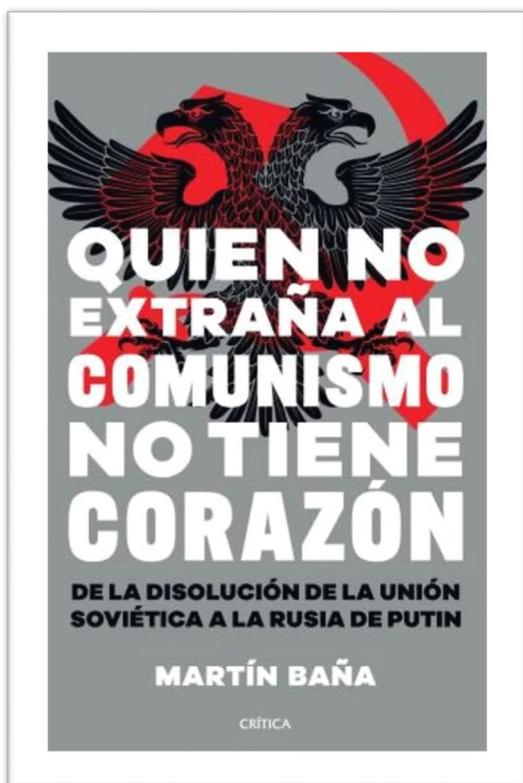


■ Baña, M. (2021). *Quien no extraña al comunismo no tiene corazón*. Buenos Aires: Crítica. pp. 282.

Suriani, Juan Martín

Universidad Nacional de Cuyo
Argentina
jsuriani@yahoo.com.ar



Quien no extraña al comunismo no tiene corazón representa un intento satisfactoriamente logrado de responder a una pregunta clave a la hora de comprender el orden mundial vigente: ¿Qué es Rusia hoy? El trabajo de Martín Baña parte de tres premisas centrales. La primera, anclada en una tradición cultural extensiva a otras civilizaciones del planeta, es que “de Rusia sabemos poco y, a veces, muy mal”. La segunda, que la Rusia contemporánea tiene una problemática y aún no resuelta relación con su pasado soviético. Por último, se destaca que una comprensión de la Rusia actual implica remontarse a un momento histórico concreto: la disolución de la URSS, que dio

inicio a un proceso de conformación de las estructuras sobre las que se articula la etapa vigente bajo el liderazgo de Vladimir Putin.

De manera casi obligada, el primer capítulo del libro está dedicado a ese experimento inédito que supuso la aplicación del Socialismo Real tras la caída del Imperio Zarista. Lejos de planteos dicotómicos, reduccionistas o nostálgicos, y sin detenerse en el tan trillado análisis de personalidades destacadas, el autor pasa lista a algunos aspectos fundamentales y aún polémicos de la mencionada etapa histórica. En relación al sistema político, subraya el elitismo inherente al partido Bolchevique en la toma de decisiones, que acabó cristalizando en la conformación de una burocracia gobernante (Nomenklatura) capaz de monopolizar el poder a partir de la década de 1930. Respecto al sistema de planificación centralizado, también consolidado bajo el liderazgo de Stalin, es presentado más como el resultado de las condiciones del contexto internacional (Crisis de 1929) que de la teoría marxista o las convicciones del Secretario General del partido; lo que deja abierta la puerta para interpretar las derivas del régimen a la luz de la realidad histórica más que de los principios invocados. Y es justamente en relación a este último tema que Baña, fiel a las advertencias señaladas en la Introducción, es capaz de destacar los logros de la aplicación de los mencionados lineamientos económicos (industrialización, eliminación del analfabetismo) sin por ello minimizar sus profundas debilidades (derroche de recursos, gasto excesivo de energía, deterioro ambiental, falta de bienes de consumo cotidiano); buena parte de las cuales están en la raíz de la crisis que experimentará la URSS en décadas posteriores. También en este primer capítulo se aborda la primera política de reformas promovida bajo el liderazgo de Jruschov, enmarcada dentro de un contexto de emergencia de una nueva realidad cultural, novedosos estilos de vida y “reformismos” de diversa índole, que revela, desde una perspectiva propia de la historia social, qué sucedió en la sociedad rusa durante la década de 1960. Aunque incompleto en sus logros, y lejos de cumplir sus aspiraciones, esta oleada de “reformismos” dejó en evidencia que el sistema atravesaba serios problemas estructurales, a los que se trataría de dar respuesta en el segundo ciclo reformista iniciado en la década de 1980. En consonancia con el mencionado proceso se remarca la oportunidad abierta para la URSS a partir del aumento de los precios del petróleo en la década de 1970. La misma permitió nuevos ingresos que fueron

dedicados principalmente a armamento militar y a la ayuda económica a países alineados, no al impulso de las reformas necesarias. A ello se sumó que, en su carácter de país exportador, la URSS aumentó su vínculo con el mercado mundial, del cual obtenía créditos y tecnología, lo que, paradójicamente, acabó debilitando al sistema.

Los capítulos 3, 4 y 5 están dedicados al segundo ciclo reformista abierto a partir de la década de 1980. Iniciadas bajo el liderazgo de Andropov, quien obtuvo muy modestos alcances, las reformas se verán retrasadas por el ascenso de Chernenko, para recobrar nuevo impulso bajo Gorbachov. Hacia mediados de la década, el panorama de la URSS revelaba una fuerte desaceleración económica, problemas de desabastecimiento en las ciudades, volatilidad económica y desconfianza hacia el sistema de parte de amplios sectores, lo cual en buena medida era el resultado de la incapacidad del sistema centralizado para adaptarse a los tiempos, con una URSS plenamente urbanizada, educada, dependiente de los precios de los commodities y cada vez más vinculada al mundo, pero así y todo lejos de evidenciar una crisis estructural capaz de anticipar su caída. Las propuestas de Gorbachov apuntaban a una “reconstrucción” del comunismo, tal como lo expresaba la palabra Perestroika. Para ello se debía, entre otras cosas, democratizar el sistema político, introducir elementos de mercado, relajar la centralización, generar una apertura cultural e ideológica, rebajar las tensiones de la Guerra Fría y convertir a la URSS en una verdadera federación.

El grueso de las reformas fueron emprendidas en el bienio 1987/1988. Más allá de los erráticos logros obtenidos, el autor destaca que las mismas generaron, por un lado, el surgimiento de un grupo de empresarios conectados con el mercado externo y la privatización de los resortes claves de la economía, que empezaron a considerar al socialismo como un mal a erradicar, y por el otro, se generó un colapso dentro del partido por efecto de la democratización, afectando al ejercicio monopólico del poder; todo ello en el momento en que se producía la caída de los sistemas comunistas en Europa del este, lo que supuso la pérdida de importantes socios económicos para Moscú. En este contexto, una coalición pro-capitalista dentro de la elite planteó como alternativa que las reformas fueran más allá del socialismo, superando la economía mixta propuesta por Gorbachov, y

reemplazándola por una economía de mercado. De allí las dos tesis señaladas por Baña relativas la caída de la URSS. La primera: La élite no se volvió capitalista cuando el sistema colapsó, sino que el sistema cayó porque la élite ya se había vuelto capitalista previamente (p. 153). La segunda: El fin de la Guerra Fría fue la respuesta del gobierno de Moscú ante los cambios que estaban sucediendo a escala global, no fue una victoria de los Estados Unidos (p. 160). Tampoco los movimientos nacionalistas de las Repúblicas integradas a la URSS fueron determinantes en el proceso liderado por Boris Yeltsin. Aclarado esto, se pueden comprender las motivaciones, y prever el alcance, de la rápida transición al capitalismo iniciada por la Federación Rusa una vez decretada la disolución de la URSS.

Comprender el costo social y las implicancias simbólicas de lo sucedido bajo el mandato de Boris Yelsin es imprescindible para echar luz en el ascenso de Putin y en las características que ha ido tomando el sistema político ruso bajo su liderazgo. Combinando elementos nacionalistas, democráticos y de libre mercado, el nuevo gobierno impulsó un ingreso traumático al capitalismo. A entender de Baña, “se trató de un saqueo administrado de la riqueza común, trasladada a manos privadas” (p.184), que impactó dramáticamente sobre las condiciones de vida de la población, tornando a este país uno de los más desiguales del planeta. A ello se sumó la suspensión de la constitución vigente y de la Duma en el año 1993, seguido de una reforma constitucional que reforzó el poder del presidente hasta límites insospechados. Para colmo de males, el hecho de haber adoptado las medidas sugeridas por el FMI no evitó que el país afrontara un default en 1998, lo que terminó de confirmar algo sobre lo que el autor no deja de insistir: Rusia volvió al capitalismo desde un lugar semiperiférico; esto es: posee armas nucleares, pero depende de la exportación de materia prima (p. 204). A ello se suma la evidente pervivencia de dos flagelos atávicos: la corrupción y el autoritarismo.

El ascenso de Putin provino de su actuación como ministro de Yeltsin durante la crisis de Chechenia, no de una maniobra de los servicios de inteligencia, lo que quedó en evidencia, ni bien asumió la presidencia, en la aprobación de una ley garantizando que el mandatario saliente no fuera sometido a proceso judicial alguno. Presidente en 2000-2008, Primer Ministro en 2008-2012, y nuevamente

presidente a partir de 2021, no quedan dudas de que Vladimir Putin se ha convertido en la figura fuerte del país, lo que implica tomar el recaudo de no intentar explicar la realidad rusa centrándose en cuestiones o análisis de índole personal: tentación que el autor señala como muy extendida en el último tiempo. Dejando de lado prejuicios y representaciones en boga, Baña califica a Putin de conservador pragmático. Los rasgos dominantes del sistema están dados por la existencia de un estado fuerte para protegerse de enemigos externos e internos, promoción de medidas para mejorar el nivel de vida de la población, autoritarismo, nacionalismo y limitación creciente del pluralismo. A la hora de acuñar categorías analíticas, el autor se refiere a “una democracia dirigida que combina hiperpresidencialismo heredado de la constitución de 1993 con un sistema de redes informales que digitan el poder real” (p. 220). La economía combina el estatismo (en el marco del aumento del precio de los commodities) en industrias estratégicas con la matriz neoliberal legada por Yeltsin; se mantiene el poder de los oligarcas, aunque bajo reglas más claras.

En política internacional, la Federación Rusa acusó el efecto del desprecio de la OTAN y la U.E, lo que a la larga ha reforzado la figura de Putin como líder nacionalista que busca otorgar al país un lugar destacado en el concierto geopolítico mundial, aspirando al control de un área de influencia que incluye a algunas repúblicas de la antigua URSS, sin pretender restaurar las pretensiones abrazadas durante la Guerra Fría. Este nacionalismo pregonado desde arriba aspira a presentar a Rusia como una civilización más allá de las diferentes coyunturas atravesadas en los últimos siglos, reconciliando de algún modo en el relato histórico a los Romanov con los líderes bolcheviques. En los últimos años este discurso se ha visto reforzado en el marco de un antioccidentalismo por momentos rayano en el anti-iluminismo, recuperando banderas tradicionales y profundizando un autoritarismo funcional al carácter semiperiférico que la Federación Rusa ocupa desde un punto de vista económico en el concierto mundial. Considerando lo analizado, desde el punto de vista estructural, el régimen de Putin no es más que una herencia de la transición liderada por Yelsin, con algunas modificaciones en materia de presencia estatal, medidas sociales y reposicionamiento en las relaciones internacionales a influjos de las “humillaciones” de occidente, en el cual un reducido número de oligarcas siguen manejando los resortes del poder real.

A modo de conclusión, se puede afirmar que el trabajo de Martín Baña viene a llenar una necesidad dentro de la difusión historiográfica en nuestro país, ofreciendo una mirada histórica rigurosa para entender uno de los procesos más importantes de los últimos tiempos: la transición del primer estado socialista del mundo al sistema capitalista: única manera de comprender las características que en la actualidad reviste la Federación Rusa y las posibles derivas de la misma a la luz de los desafíos internos y externos vigentes.